

Federico, sobrino de Fernando II. Gonzalo de Córdoba, que Federico acogió como un aliado, hizo entrar sus tropas en todas las grandes plazas del reino, y notificó luego al engañado rey el odioso reparto (1501). Colérico por esa traición, Federico cedió todos sus derechos al rey de Francia, en cambio del condado del Maine. Entonces surgió rivalidad de intereses entre Fernando el Católico y Luis XII, encendiéndose la guerra así que se trató de fijar los límites de sus posesiones respectivas. Gonzalo derrotó á Aubigny en Seminara, al duque de Nemours en Ceriñola (1503), y despojó á los franceses, mientras su señor el rey de España engañaba en Lyon la loca confianza de Luis XII. El valor de Luis de Arsy y el de Bayardo, que defendió el puente de Garigliano, solo contra doscientos españoles, no impidieron que el reino de Nápoles quedase perdido definitivamente para Francia (1503).

Muerte de Alejandro VI (1503). — Así estaban las cosas cuando murió Alejandro VI. Su hijo César Borgia ejercía profunda influencia sobre toda la Italia central, y su simpatía por la causa francesa hacía á Luis XII muy poderoso aun en la Península. Pero la política de aquel hombre degradado era aún más iniqua que la de Fernando el Católico. César había convertido al crimen en instrumento de triunfo, y Maquiavelo, que vivía entonces en Florencia, lo estudiaba con predilección, como modelo perfecto del político. Su genio previsor había dispuesto todas las cosas para heredar la tiara cuando muriese su padre; pero la Providencia dispuso que en esas circunstancias cayese enfermo él también, por lo cual los sufragios de los cardenalesse concentraron en el de la Rovera, que tomó el nombre de Julio II (1503-1513). Ese pontífice despojó á César Borgia de cuanso poseía y se presentó como defensor de la libertad de Roma y de Italia.

Tratados de Blois. — Luis XII no comprendió el cambio que las ideas de Julio II iban á introducir en los asuntos italianos. Empezó de nuevo á negociar con Fernando el Católico, y por ambas partes se recurrió á la diplomacia para satisfacer los intereses de las dos naciones. Luis XII empezó por conceder al rey de España tres años de tregua que éste necesitaba para

consolidar su dominación sobre el reino de Nápoles. Después firmó en Blois (22 de setiembre 1504), con el emperador Maximiliano y su hijo el archiduque Felipe de Austria, un tratado formando una liga contra Venecia; además, se concedía á Luis XII la investidura del Milanesado, y el reino de Nápoles á Carlos V de Austria, nieto de Maximiliano, que tan célebre debía ser más tarde con el nombre de Carlos V. Como condición de esta última cláusula se establecía su matrimonio con Claudia de Francia, que debía llevarle en dote la Borgoña y la Bretaña.

Ese tratado era desastroso para Luis, pues daba al hijo de Felipe el Hermoso, á Carlos de Austria, dos provincias francesas, á pesar de que entre las herencias presuntas de ese joven estaban el Austria, por su abuelo paterno Maximiliano, y la España, por su abuelo materno Fernando. Además le garantizaba la posesion de Italia, lo cual era abrirle camino para la dominación universal. La voz pública protestó en Francia contra ese convenio, y entonces Luis XII sólo pensó en buscar el medio de salir del mal paso en que se había metido. No tardó en presentársele. Irritado contra su yerno, Fernando el Católico pensó en desheredarlo, contrayendo nuevo enlace matrimonial. Luis XII lo alentó en su idea, y celebró con él, también en Blois, otro pacto (octubre de 1505), con arreglo al cual le concedió la mano de su sobrina Germana de Foix. Estipulóse que los dos reyes abandonarían sus derechos al Estado de Nápoles en favor de los hijos que nacieran del nuevo matrimonio, si bien, en el caso de ser estéril la unión, se volvería al reparto que anteriormente se hiciera de ese país. Además, Fernando se comprometía á ayudar á Gastón de Foix, hermano de su nueva esposa, á conquistar el reino de Navarra, del cual se había apoderado injustamente, al parecer, Catalina de Foix y su marido Juan de Albret. Luis XII quedó muy contento por todas esas concesiones, pues profesaba extraordinario afecto á Gastón y su hermana.

Ese tratado, que destruía todas las precedentes combinaciones, empezó por causar verdadero asombro. En España parecía inminente la guerra civil, pero la habilidad y tino del rey D. Fernando supieron conciliar

las tendencias opuestas. Este soberano se hizo reconocer como rey de Nápoles, y obligó á los señores napolitanos á tributarle pleito homenaje, así como á su nueva esposa. En España se contentó con Aragón, dejando Castilla al archiduque Felipe. Pero en Francia seguían deplorando los últimos convenios, tan favorables á la casa de Austria. Decíase con motivo que la hija de Luis XII y de Ana de Bretaña, la princesa Claudia, no debía casarse con otro príncipe que Francisco de Angulema, sobrino del rey y heredero presunto de la corona. La Borgoña y la Bretaña, que estaban comprometidas en aquellos tratados, pretendieron no ser enajenables por voluntad del rey.

Sumisión de los genoveses. — Poco tiempo después estalló en Italia la rebelión. El bando popular de Génova aprovechó la ausencia del gobernador francés Ravenstein, y se lanzó al saqueo y destrucción de las casas de los ricos y los palacios de la nobleza. Luego estableció ocho tribunales y proclamó dux de la ciudad al tintorero Paulo Nuovo. Luis XII mandó primeramente al doctor Ricci para que calmase á los rebeldes; pero éstos despreciaron su autoridad, apoderándose además de varios puntos en la costa. Entonces tomó las armas toda la caballería de Francia, y Luis XII marchó en persona, al frente de cincuenta mil hombres, contra la ciudad culpable. Los genoveses no pudieron resistirle, acabando por echarse á sus plantas y pedir gracia (29 de abril de 1507). Durante diez días el rey permaneció sin decidir nada. Todas las iglesias se llenaban de hombres, de mujeres y de niños, que derramaban torrentes de lágrimas. El décimo día se alzó un patíbulo, y se rodeó el trono del rey de todo el aparato de la más inexorable justicia. Al presentarse Luis, declaró á los genoveses culpables del crimen de lesa majestad, y ordenó que la población fuese destruída. El pueblo empezó á gemir y á gritar. Eso bastaba al corazón de Luis XII, quien se apresuró á ordenar que callasen, y les otorgó luego perdón. No perecieron más que los jefes de la rebelión. Florencia y Venecia enviaron emisarios á felicitar al rey por su clemencia, y el papa hizo que un legado suyo le diera gracias en nombre de la cristiandad.

§ IV. — *Desde la liga de Cambrai hasta la muerte de Luis XII. León X (1508-1515).*

Liga de Cambrai (1508). — La sumisión de Génova fué honrosa para el carácter de Luis XII; ese príncipe aumentó aún más su gloria tomando las armas contra Venecia. Esta república comerciante había aprovechado las últimas luchas para aumentar su territorio, beneficiándose de todo, caída de Ludovico el Moro, derrotas de los franceses en Nápoles y desgracia de César Borgia. Todas las potencias tenían motivo para quejarse de sus usurpaciones. El emperador Maximiliano reclamaba Verona, Vicenza, y, como jefe de la casa de Austria, también el Friul. Francia pedía el ducado de Brescia, Bérgamo y Cremona, como dueña que era de Milán; Fernando pretendía volver á entrar en posesión de los puertos de su reino de Nápoles ocupados por los venecianos; y el papa Julio II reivindicaba Rávena, Faenza, Imola y sus restantes ciudades de la Romaña. El duque de Ferrara y el marqués de Mantua entraron igualmente en la coalición para recobrar algunos pequeños territorios que Venecia les había arrebatado. El tratado que constituía la liga se firmó en Cambrai (10 de diciembre de 1508). Luis XII envió al dux un heraldo de armas para declararle la guerra. Al saber esa noticia, la república se alarmó, preparándose á la resistencia.

Victoria de Agnadel. — Luis XII atravesó los Alpes (abril de 1509) y entró en su ducado de Milán con un ejército de cuarenta mil hombres, del cual formaba parte la flor y nata de la aristocracia francesa.

Allí se encontraba Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha, los la Trémoille, los Talmont, los Brézé, los Richemont, los Bonnivet. Chaumont y Trivulce mandaban la vanguardia, el rey iba en el centro con los mejores caballeros, y en la retaguardia el duque de Longueville. Los venecianos tenían por jefes á Alviano y al conde de Pitigliano. Los dos ejércitos se encontraron cerca del pueblo de Agnadel (14 mayo). En el primer momento combatieron con extraordinario furor: el rey se distinguió por su brío, y como los cortesanos le reprochaban que expusiera así su persona,

respondió : *Que los tímidos se escuden detrás de mí.* La nobleza lo imitó, y decidió de la victoria, precipitándose sobre la infantería veneciana. Cerca de quince mil hombres de ésta quedaron en el campo de batalla, mientras los franceses no perdieron sino doscientos. El triunfo de Luis XII era completo, y el rey cayó de rodillas en medio de toda aquella carnicería, dando gracias á Dios. Luego dispuso que se erigiese en aquellos mismos sitios una capilla en honor de Santa María de la Victoria.

Liga Santa. — En el colmo de la gloria, Luis XII ayudó á Maximiliano en la toma de Pavía, y amenazó á Venecia con destruirla enteramente. Entonces el papa Julio II, que había entrado en la liga de Cambrai para obligar á los venecianos á devolver lo que usurparan, pero no para destruir un Estado que era la única barrera que Italia podía presentar á la invasión de los turcos, vió en los franceses no más que ambiciosos dispuestos á dominar toda la península. Y en interés de Roma y de Italia, resolvió formar una nueva liga para impedir la ejecución de los designios de Luis XII. Empezó por captarse la voluntad de los suizos, se atrajo á Fernando, mediante el perdón de 400.000 escudos que le debía por el reino de Nápoles, envió á Inglaterra para obtener la alianza de Enrique VIII, y logró separar al emperador Maximiliano de su alianza con Luis XII. Esta segunda coalición se llamó la Liga Santa, por ser su inspirador el papa. Julio II desplegó la mayor actividad, llevando el olvido de los deberes de su cargo hasta ponerse en persona al frente de sus tropas. Viósele, vestido con una coraza, dirigir el sitio de la Mirándola, y apoderarse por sí mismo de la ciudad. Luego se fué á Bolonia, y más tarde á Ravena, débil y extenuado, pero meditando siempre la ruina del duque de Ferrara.

Habiendo muerto el mariscal de Chaumont después de quince días de enfermedad sufridos en Correggio, tomó Trivulce el mando del ejército francés. Julio II hizo investir muy pronto una pequeña plaza llamada Bastida. Bayardo, al frente de fuerzas escogidas, acudió á levantar el asedio. El combate fué terrible, y el ejército del papa perdió cerca de cinco mil hombres.

« No sé, dice la crónica de Bayardo, cómo es que los historiadores y cronistas no han hablado más de esta hermosa batalla de la Bastida, pero durante cien años no hubo ciertamente mejor hecho de armas, ni más arriesgado en su solución final. »

Lo que hubo de más sensible en esas luchas con el papa fué que el rey de Francia no se contentó con atacar á Julio II en sus derechos de soberano, sino que hirió también su autoridad como sucesor de San Pedro, y jefe de la Iglesia universal. En aquellos tiempos de revueltas, el interés verdadero del poder era sofocar todas las rebeliones. Luis XI lo había presentado, oponiéndose por tanto á la Pragmática Sanción de Carlos VII, pues había visto en esos atentados contra el poder de los sumos pontífices graves peligros para los tronos temporales. Luis XII, menos sagaz, favoreció el espíritu de insubordinación, é hizo que se celebraran en Orleans y Tours conciliábulos donde se sancionó su conducta, y en los cuales se prohibía á los fieles mantener relaciones algunas con Roma (setiembre 1510). Después de esas empresas cismáticas, creyóse también autorizado para convocar un concilio general, que en efecto, se reunió en Pisa, destituyendo á Julio II.

Por su parte, el sumo Pontífice celebró un verdadero concilio en Roma, en el cual anatematizó cuanto se había hecho en Pisa y lanzó sobre Francia entredicho que la llenó de desolación (octubre 1511). Luis XII se obstinó. Su intento no era dudoso : aspiraba á lograr la ruina de Roma, como claramente lo indicó al grabar medallas que decían : *Destruiré á Babilonia hasta en sus cimientos.*

Victoria y muerte de Gastón de Foix en Ravenna. — Luis XII se hallaba privado de todas sus antiguas alianzas. Los venecianos, los suizos, Fernando el Católico y el rey de Inglaterra se habían declarado por Julio II. Sólo quedaba al lado de Francia el emperador Maximiliano, y eso pensando ya en separarse de ese partido. Los súbditos de Luis XII veían con grandísimo temor aquella lucha contra Roma, que tan funesta ha sido siempre á los príncipes, y los espíritus más valerosos empezaban á manifestar aprensiones. Gastón de Foix, sobrino de Luis XII y que á

la sazón sólo contaba veintitrés años, había recibido el mando general del ducado de Milán, y por de pronto resistió con gloria al ejército español, que había invadido el Milanésado.

Obtuvo un primer triunfo delante de Bolonia (7 febrero 1514) y marchó en seguida sobre Brescia que aquel mismo día habían tomado los venecianos. El castillo fué atacado con espantosa violencia. Bayardo fué herido en el muslo de una lanzada, quedándole en la herida la pica. Creyósele muerto y entonces Gastón de Foix gritaba: « ¡ Eh, señores amigos míos!, ¿ no vengaremos en esos villanos la muerte del más cumplido caballero que hubiese en el mundo? » Esas palabras electrizaron á las tropas, y la ciudad fué tomada por asalto (19 febrero).

De Brescia acudió Gastón á poner sitio á Rávena, que pertenecía á Julio II. Habiéndose acercado á la plaza los españoles y los confederados, se dió la batalla el 11 de abril de 1512, día de Pascua. Gastón se portó como verdadero héroe. Ocho horas duró la lucha, sin que la victoria se decidiera por ninguno de los bandos. Al empezar á declararse la victoria por los franceses, el virrey español, Raimundo de Córdoba, echó á huir; pero el valeroso Pedro de Navarro, que mandaba la infantería, siguió sosteniendo la lucha, hasta que la impetuosidad de Gastón le hizo ceder el campo. La batalla estaba ganada cuando el de Foix, queriendo completar su victoria, se lanzó á perseguir una parte de la infantería española, que se retiraba en buen orden. « Rolando no rompió en Roncesvalles tantas lanzas como Gastón aquel día. » Pero pronto recibió en el costado mortal herida. Lautrec, su primo, se hallaba á su lado, y recibió veinte golpes al querer salvarlo. « ¡ No lo matéis, gritaba, es nuestro virrey, hermano de vuestro rey! » Sea lo que fuese, allí quedó el joven caballero, todo cubierto de heridas, pues de la barba á la frente presentaba catorce ó quince, con lo cual desmostraba que no había vuelto la espalda á sus enemigos. Así acabó ese héroe, ante quien temblaba la Italia, y que había recibido el calificativo de *rayo de la guerra*.

La noticia de esa batalla se difundió por Europa,

llenando de consternación á todos los enemigos de Luis XII. Pero ese príncipe no pudo menos de verter amargo llanto al saber la muerte de Gastón de Foix, á quien amaba entrañablemente. « Quisiera, decía, no poseer ni una pulgada de tierra en Italia y lograr á ese precio que recobrasen la vida mi sobrino Gastón de Foix y todos los valerosos guerreros que han muerto con él; guárdenos Dios de semejantes victorias. »

Reveses y faltas de Luis XII (1512-1515). — A partir de ese momento, Luis XII cometió falta sobre falta y no cesó de sufrir reveses. Una vez muerto Gastón de Foix, ni la Palisse, ni Trivulce, ni la Trémoille pudieron resistir al enemigo. El ejército francés halló á su espalda uno de 20.000 suizos, que acababan de restablecer en el trono de Milán á Maximiliano Sforza, hijo de Ludovico el Moro. Los auxiliares alemanes abandonaron á los franceses, y la Palisse tuvo que retirarse al Piamonte después de haberse batido valerosamente en las calles de Pavía. La política de Julio II triunfaba. Italia se veía libre de los bárbaros y de los extranjeros, como lo deseara aquel pontífice, y Roma quedaba realmente independiente. Ese papa murió en medio de su triunfo, el 20 de febrero de 1513, á la edad de setenta y dos años, después de ocupar la Santa Sede 9 años 3 meses y 20 días.

León X (1513). — El concilio ecuménico que Julio II había convocado seguía celebrando sus sesiones en la basílica de San Juan de Letrán. Los cardenales se reunieron y eligieron papa á Juliano de Médicis, que tomó el nombre de León X (14 de marzo 1513). Tenía treinta y cinco años, y era uno de los más distinguidos literatos de su tiempo. Como sólo era diácono, se le ordenó sacerdote y se le consagró como obispo en los ocho días que siguieron á su elección.

El nuevo Pontífice continuó la obra de su predecesor. Presidió la sexta legislatura del concilio (27 de abril) y allí publicó una bula en que aprobaba la constitución de la mencionada asamblea y todo cuanto se había hecho en ella, declarando que su único deseo era ver restablecida la paz en la cristiandad. En vez de condenar á los franceses por contumacia respecto

de la Pragmática sanción, como lo aconsejaba el fiscal del concilio, León X prefirió recurrir á la dulzura para terminar ese asunto, como lo logró maravillosamente. Escribió á Luis XII una carta enternecedora, que respiraba mansedumbre evangélica, y logró que el monarca enviase embajadores al concilio con poderes para declarar en su nombre que renunciaba al concilio de Pisa, adhiriéndose al de Letrán, bajo la condición de que los cardenales condenados serían restablecidos, y anulado cuanto había sido hecho contra el reino.

En la séptima reunión (17 de junio de 1513) se leyeron las cartas de los cardenales del concilio de Pisa, Bernardino de Carvajal y Federico de Saint-Séverin, que condenaban los actos de este concilio, aprobando los del de Letrán, prometiendo obedecer á León X y reconociendo que Julio II los había eliminado con motivo del sacro colegio. La retractación era completa, y el papa no vaciló en concederles su perdón, con lo cual terminó el cisma.

La cuestión religiosa quedaba resuelta, pero la situación política había empeorado. Después de haber perdido sus conquistas en Italia, Francia se hallaba invadida. Enrique VIII y Maximiliano la atacaron por el norte, sitiando á Téroane, los suizos por el este amenazando á Dijón, y Fernando el Católico se disponía á penetrar en el mediodía. Para escapar de esos peligros necesitó Luis XII hacer grandes sacrificios. Abandonó la Navarra á Fernando, que acababa de apoderarse de ella, reconoció á Maximiliano Sforza, como duque de Milán, engañó á los suizos, y obtuvo de Enrique VIII la paz, aceptando la mano de su hermana (1514). Las fiestas y regocijos que el rey de Francia dió con motivo de este enlace lo fatigaron tanto, que murió de sus resultas el 1.º de enero de 1515.

Benéfica administración del padre del pueblo. — Luis XII ha sido denominado *Padre del pueblo*, y toda su vida atestigua que mereció ese sobrenombre. Desde el principio de su reinado procuró disminuir los impuestos, y durante él, evitó tener que restablecerlos. Su advenimiento al trono dió al dominio real el ducado de Orleans y los condados de Valois y de

Blois; Luis XII procuró tener bastante con las rentas de su patrimonio para los gastos de su persona y casa. Disminuyó en una tercera parte las contribuciones, y quiso que su producto fuera escrupulosamente consagrado al pago de las tropas, á construcciones de utilidad pública ó á cosas favorables para la industria y las artes. « Prefiero, decía, ver á los cortesanos riendo de mi avaricia, que no al pueblo llorando por mis larguezas. »

Francia permaneció tranquila en lo interior durante este reinado, sin tener que sufrir por otra parte los reveses de la guerra. La agricultura fué protegida y el comercio prosperó. « En doce años, dice un contemporáneo, se convirtió en tierras de labradío á la tercera parte del reino, y por cada gran mercader que se encontraba antes en París, Lyon ó Ruan, había cincuenta bajo Luis XII, los cuales vacilaban menos en salir para Roma, Nápoles ó Londres que sus antepasados en ir á Lyon ó Ginebra. »

Puso extremado empeño en hacer desaparecer ciertos antiguos abusos que deshonraban á la justicia. Según lo practicaran antes Luis XI y Carlos VIII, mandó recopilar el derecho consuetudinario de las provincias, esto es, los usos y prácticas que tenían fuerza de ley en cada región. Decidió, en ordenanza de 1510, que todos los procesos é informes criminales se harían en « lengua vulgar del país », en vez de latín, para que el acusado oyera las declaraciones hechas contra él y para que pudiese seguir el desarrollo de su causa. En otra ordenanza sabiamente meditada constituyó la magistratura, haciéndola independiente.

Esas importantes reformas valieron á Luis XII el afecto de su pueblo. Una vez que fué á visitar la Borgoña y la Champaña recibió de las poblaciones las más cariñosas demostraciones de afecto. « La verdad es, dice Saint-Gelais, que por donde quiera pasaba el rey, se agolpaban á verlo las gentes, hombres y mujeres, no vacilando en hacer para ello leguas y más leguas; y cuando podían alcanzar á tocar su sandalia ó su traje, ó cualquier parte de sus vestiduras, besábanse luego las manos y se frotaban con ellas el rostro,

tan devotamente como si hubieran tocado un relicario. Y todos decían que en trescientos años no había disfrutado Francia tanta prosperidad.»

Esos sentimientos populares se manifestaron con mayor brío al ocurrir la muerte del príncipe. Así que los veinticuatro pregoneros de la ciudad de París se fueron gritando por las calles: «Rogad por el alma del cristianísimo padre del pueblo, magnánimo Luis, rey de Francia por la gracia de Dios», estallaron en toda la ciudad innumerables lamentaciones. Grandes y pequeños, ricos y pobres, guerreros y comerciantes, fueron á confundir sus lágrimas alrededor del regio catafalco, que estaba expuesto en su palacio de Tournelles. «Y cuando se llevó su cuerpo de las Tournelles á Nuestra Señora, escribe otro cronista, había gentes con campanillas que iban tocando y gritando: *Ha muerto el buen rey Luis, padre del pueblo.*»

Resumen de este capítulo. — Antes de referir las guerras de Italia, hemos descrito la situación de ese país, y luego hemos dado á conocer las expediciones de Carlos VIII y de Luis XII.

I. Italia se hallaba entregada casi por completo á la anarquía. Los principales Estados comprendidos en la península eran: al norte, el ducado de Milán y la república de Venecia; en el centro Florencia y Roma, y al sur el reino de Nápoles. — En este último país no han cambiado las cosas: la lucha entre angevinos y aragoneses continúa. Como estos últimos son dueños del país, los angevinos llaman en su ayuda á los franceses. — En Roma, Nicolás ó Nicolao V, Calixto III y Pío II predicán la cruzada contra los turcos, y Sixto IV é Inocencio VIII protegen las artes; pero los escándalos de Alejandro VI explican la humillación y los sufrimientos que van á caer sobre la ciudad eterna. — Lorenzo de Médicis hizo la gloria y dicha de los florentinos, pero su muerte inauguró para esa república era de decadencia. — La toma de Constantinopla ha dado golpe mortal á Génova y Venecia; esta última, humillada en la guerra que ha tenido que sostener contra los turcos, modifica su constitución y la hace tiránica. — En Milán, los Sforza se dividieron, y Luis el Moro, después de haber querido suplantarlo á su sobrino, llama á los franceses á Italia para sostener su usurpación.

II. La expedición de Carlos VIII á Italia se hallaba bastante motivada por los desórdenes que afligían á ese país. Aquel príncipe consideró la empresa con su imaginación caballeresca y no escatimó nada de cuanto le había de permitir llevarla á cabo; la facilidad de sus triunfos lo deslumbró. Milán, Florencia, Roma y Nápoles le abrieron sus puertas; aquello fué, más que conquista, marcha triunfal (1494-1496). Ya concebía gigantescos planes cuando vió alzarse contra él todos los países que creyera conquistados. Entonces tuvo que abrirse paso á través de sus ene-

migos, que le impedían su vuelta á Francia. Logrólo efectivamente en la batalla de Fornua (5 de julio de 1495); pero apenas había atravesado los Alpes cuando perdió al reino de Nápoles. Meditaba nueva expedición, pero no pudo llevarla á cabo, pues murió (7 de abril de 1498) de resultas de un golpe en la cabeza que se dió un día mientras visitaba su castillo de Amboise.

III. Cuando salió de ella Carlos VIII, Italia se creyó libre; pero Luis XII, que heredó al anterior soberano, hizo valer los derechos al Milanésado que le legara su abuela Valentina Visconti. Envió en efecto al mariscal de Trivulce á conquistar aquel ducado; pero la dureza de ese soldado excitó una rebelión contra él; entonces Luis dió el mando á la Trémoille, que sometió el país, llevándose prisionero á Ludovico el Moro (1501). Después se entendió Luis XII con Fernando el Católico para tomar el reino de Nápoles y repartírselo; pero fué víctima de la astuta política del rey de España, y, á pesar del valor de Luis de Arce y de Bayardo, el gran Gonzalo venció á los franceses en Seminara y Ceriñola, arrojándolos de la Italia meridional (1502). En eso vino á morir Alexandro VI, sucediéndole Julio II, cuyo único pensamiento fué libertar á Italia del yugo extranjero. Luis XII no comprendió las modificaciones que las ideas de ese nuevo Pontífice iban á introducir en los asuntos de Italia, y firmó con el rey católico dos tratados en Blois (1504-1505), que inspiraron á los hombres previsores grandes inquietudes por el porvenir de Francia. Poco tiempo después se rebelaron los genoveses; Luis XII los venció, tratándolos con benevolencia.

IV. Como la república de Venecia había aprovechado todos los acontecimientos ocurridos desde la caída de los duques de Milán, cada Estado tenía algo que reclamarle. Formóse una liga contra ella, bajo la dirección de Luis XII. El rey de Francia fué en persona á atacar á los venecianos, y los deshizo en Agnadel (1509). Pero cuando Julio II notó que Luis pensaba en destruir á Venecia, potestó contra tales intentos, en interés de la libertad de los pequeños pueblos de Italia, y formó la *Liga Santa* encaminada á combatir á los franceses. Luis XII cometió en esas circunstancias el grave error de no distinguir al papa del soberano temporal, é impulsó á Francia al cisma, vedándole toda comunicación con la Santa Sede. Gastón de Foix se distinguió al frente del ejército francés, pero su victoria de Rávena le costó la vida. A partir de ese instante, Luis XII no sufrió más que reveses, viendo no sólo pérdidas sus conquistas de Italia, sino también á Francia invadida por el extranjero. Casóse con la hermana de Enrique VIII para estrechar la paz que había hecho con este monarca (1514) y murió por efecto del cansancio que le produjeron las fiestas de sus bodas. La sabiduría de su administración, el celo que mostraba por la justicia y el amor que tributaba á sus súditos le merecieron con motivo el glorioso calificativo de *Padre del pueblo*.